

Monseñor Romero. Conversión y esperanza “Otra Iglesia es necesaria. Otra Iglesia es posible”

**Jon Sobrino,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador**

En esta ponencia voy a hacer dos reflexiones, una sobre la Iglesia actual y otra sobre monseñor Romero.

En una primera parte me fijaré en “la Iglesia” tal como ésta se entiende en el lenguaje cotidiano. Es la Iglesia oficial, jerárquica, en la que viven muchos bautizados, unos por tradición, otros por convicción. Visto en su totalidad, no se puede negar que hay una marcha atrás de la Iglesia, que es muestra de deterioro: marcha atrás de la Iglesia universal con respecto al Vaticano II, de la Iglesia latinoamericana con respecto a Medellín, de la Iglesia salvadoreña con respecto a monseñor Romero. En este contexto decimos, en primer lugar, que “otra Iglesia es necesaria”, dejando para un momento posterior lo que se suele afirmar con el eslogan, hoy habitual, “otra Iglesia es posible”.

En la reflexión sobre la Iglesia tomamos en serio la temática del tercer día del Congreso: “Espiritualidad y martirio”. “Espiritualidad” remite a *conversión y esperanza*, perspectiva general del Congreso. Por su urgencia, hablaremos en directo de la *conversión*, pero tenemos en cuenta la *esperanza*, en buena medida contraesperanza, de que “otra Iglesia es posible”.

“Martirio”, entre nosotros, no remite ya a asesinato por causa de la justicia. Pero sigue siendo importante tener presente lo que rodea al martirio: *estar prestos a arriesgar y no rehuir conflictos* por defender de la injusticia a pobres y víctimas. Y estar prestos a *sufrir las consecuencias de ello*, tanto en el mundo como en el interior de la Iglesia. Lo cual, por cierto, sería señal de que se ha tomado en serio la conversión.

En una segunda parte, recordaremos a monseñor Romero. Monseñor suele ser conocido como pastor, profeta y mártir. Pero quiero hacer hincapié en algo que se olvida o se da por supuesto con excesiva facilidad: monseñor Romero pasó por un proceso de conversión que le llevó a ser *un obispo radicalmente otro*. Habrá que explicar qué entendemos por “conversión”, pero insistimos en ello, pues sin una seria actitud de conversión —institucional y personal— difícilmente se hará realidad esa otra Iglesia necesaria y deseada. En la actual situación no basta con lamentarse y quejarse de la marcha atrás, propiciada sobre todo por la jerarquía, y el deseo de volver a tiempos mejores. Sin ánimo de conversión, esa actitud incluso puede ser burguesa, como si el cambio pudiera producirse sin mucho costo, sin conversión propia, dejando a otros, especialmente a la jerarquía, que carguen con el peso del cambio —además de que, como están las cosas, es esperanza mayor que la Iglesia jerárquica dé ejemplo de conversión—.

1. “Otra Iglesia es necesaria”. El deterioro

En la Iglesia actual hay cosas buenas. En sociedades secularizadas hay ejemplos admirables de fe, que, por decirlo así, es más meritoria que la de antes. En nuestros países latinoamericanos, hay símbolos recientes de eclesialidad evangélica: en Ecuador, el encuentro en recuerdo de Leonidas Proaño; en Chiapas, la celebración con don Samuel Ruiz; entre nosotros, la celebración de este aniversario de monseñor Romero. Y es admirable sobre todo la vida y el trabajo, el aguante ante la pobreza y el sufrimiento, la entrega y la solidaridad, la esperanza y la fe de creyentes y comunidades, pobres y sencillos la mayoría de las veces. Con dificultad encuentran apoyo en la Iglesia oficial. Nadan contracorriente, pero siguen.

Siendo esto verdad, muchos denuncian la marcha atrás y el deterioro. Plantean el problema de forma estructural, y responsabilizan de ello muy importantemente a la institución. Más en concreto, al poder de las curias romanas¹.

A comienzos de año se hizo pública una Carta a Benedicto XVI del P. Henri Boulad, jesuita egipcio-libanés de 78 años. Fijándose sobre todo en las Iglesias del Primer Mundo, afirma: “Se tiene la impresión de que la institución asfixia el carisma y que lo que finalmente cuenta es una estabilidad puramente exterior, una honestidad superficial, cierta fachada”. Lo más llamativo de la carta es la

1. “El problema no está en los papas que son figuras de buena voluntad —y algunos de gran talla, como Pablo VI o Juan XXIII—, sino en la Curia”, J. I. González Faus, *Religión digital*, abril 2010. Con la explosión del escándalo de la pederastia, han arreciado protestas, graves y pensadas, sobre la crisis de la Iglesia institucional. Más allá de lo circunstancial apuntan a cosas fundamentales. José María Castillo dice: “El poder de la Iglesia de hoy me da lástima y coraje”. J. I. González Faus, “La Iglesia nombra hoy a sus obispos en contra del Evangelio”, ambos en *Religión digital*, abril 2010.

sobrecogedora sinceridad: “les damos piedras como si fueran pan”. La urgencia: “*¡son menos cinco!*”. Y el duro cuestionamiento en boca de Jesús: “¿no corremos el riesgo de que un día Jesús nos trate de ‘sepulcros blanqueados?’”. La carta aboga por “la convocatoria de un sínodo general a nivel de la iglesia universal, en el que participen todos los cristianos, católicos y otros”².

En El Salvador, valgan por muchas las comedidas y certeras palabras de Mons. Orlando Cabrera, obispo de Santiago de María. En la presentación de un libro sobre sacerdotes asesinados en El Salvador dice: “Debemos reconocer humildemente que la Iglesia ha perdido en gran parte su función profética como afirman los autores de este libro. Es un vacío que palpa el pueblo de Dios”³.

José Antonio Pagola, autor del espléndido libro *Jesús. Aproximación histórica*, se queja “del restauracionismo hacia el que parece enderezarse cada vez más la jerarquía”. Pero en la conclusión apunta a un problema más grave: “Necesitamos urgentemente movilizarnos y aunar fuerzas para centrar a la Iglesia con más verdad y fidelidad en la persona de Jesús y en su proyecto del reino de Dios. Muchas cosas habrá que hacer, pero ninguna más decisiva que esta conversión”⁴.

Este es el grave deterioro: “piedras en lugar de pan”, “vacío palpable”, “jerarquía restauracionista” y, sobre todo, establecerse alrededor de “un centro que no es Jesús y su reino”. La conclusión es que a la Iglesia los problemas más graves no le vienen hoy de afuera, como ocurrió después de Medellín —aunque la deshumanización que produce *la civilización de la riqueza* también dificulta mantener en la Iglesia un cristianismo evangélico—, sino de dentro, de un deterioro institucional, facilitado por su configuración jerárquica. Hay intentos de frenarlo, como ocurrió en Aparecida. Pero no han sido suficientes. Y sigue en pie la palabra de Pagola: necesidad de conversión —sobre lo que volveremos—.

A continuación vamos a analizar la marcha atrás, en la práctica ciertamente, pero incluso en la teoría, de dos formas de comprenderse y de ser Iglesia.

1.1. Marcha atrás con respecto al Concilio: “el pueblo de Dios”

Después del silencio de siglos el concilio proclamó que la Iglesia es “pueblo de Dios”. Se superaron concepciones de Iglesia poco evangélicas, como la de *sociedad perfecta*, o poco históricas, como la de *cuerpo místico*. Esto propició un espíritu eclesial positivo, fruto de una mayor cercanía al Evangelio, y en la Iglesia había ilusión. Del “pueblo de Dios” redescubierto queremos insistir ahora solo

2. El texto apareció en *Carta a las Iglesias*, 598 (febrero 2010), pp. 13-16.

3. *Testigos de la fe en El Salvador. Nuestros sacerdotes y seminaristas diocesanos mártires 1977-1993*, San Salvador, 2007, p. 7.

4. Entrevista en *Religión Digital*, 16 de marzo de 2010.

en dos cosas: (1) la Iglesia es la congregación de todos con *igual* dignidad, por lo cual el pueblo de Dios es presentado no sólo cronológica, sino esencialmente, antes de la diferencia entre jerarquía y laicos. (2) El pueblo de Dios está en la historia humana, *caminando* entre peligros y tribulaciones.

(a) Comencemos por lo segundo, pues apunta a lo fundamental. Siempre es difícil aceptar las dificultades inherentes a la metáfora “pueblo”: caminar sin estancarse, unas veces por el desierto y otras entre conflictos, en búsqueda de una meta que nunca se alcanza adecuadamente y ni siquiera se vislumbra en el horizonte. Ser en verdad “pueblo de Dios” es costoso. Por ello, apuntarse a ser pueblo de Dios exige la humildad de todo caminar.

Y lo más fundamental: ser pueblo de Dios remite al misterio absoluto sin muchos apoyos que habían sido tradicionales en otras formas de ser Iglesia. El Dios “de un pueblo” no es un Dios estático, sino “en marcha”. El Dios del culto es más accesible que el Dios en marcha.

Ese Dios siempre mayor y novedoso, en el cristianismo es también menor. El caminar cristiano —que retoma la exigencia de Miqueas 6, 8: “practicar la justicia y amar con ternura”— lleva a la cruz, como a Jesús. Y allí Dios no es sólo un Dios “con los hombres” y un Dios “para los hombres”, sino que es un Dios “a merced de los hombres”. Caminar con y hacia ese Dios no es cosa fácil. El camino, que tiene mucho de vía crucis.

Con esto queremos indicar que “pueblo de Dios”, antes de ser un concepto *eclesiológico*, configurador de la Iglesia, tiene una fuerte carga *teologal* y de *espiritualidad*. Su redescubrimiento en el concilio fue gozoso, pero también exigente, como lo es todo lo que tiene que ver con Dios.

(b) Dicho esto, en el día a día y en la dimensión social de la Iglesia, lo que hoy más impide que sea pueblo de Dios es la tradición de siglos, vertical y autoritaria, contraria a la dimensión “democrática”, al “todos” del pueblo de Dios. Es difícil para quienes desean mandar e imponerse y también para quienes prefieren someterse y evitar inseguridades, responsabilidades y riesgos. En la actualidad, lo más nocivo para que la Iglesia sea pueblo de Dios es el *exceso* de jerarquía con *potestas*, *poder* sagrado, presentado como si fuese algo diseñado y exigido por Dios —ignorando el modo de proceder de Jesús *in actu*—, de modo que el *ser-con-poder* y el *tener-más-poder-que-otros*, otorgado por la ordenación ministerial, se le convierta en segunda naturaleza. Y como contrapartida, el *déficit* de palabra y libertad de los miembros no jerárquicos de la Iglesia, el déficit de igualdad en dignidad entre la jerarquía y los supeditados, que muchas veces es clamoroso. Más allá del término, se trata del rechazo a aceptar la *democracia*, en su significado social-antropológico, como dimensión configuradora de la Iglesia.

Con la excepción de los primeros siglos, la igualdad implicada en el “pueblo de Dios” no ha tenido mucho éxito. Fue mérito del Vaticano II volver a introducirla en la conciencia eclesial y sacar conclusiones: todos los bautizados forman parte del pueblo con igual dignidad; todos son sacerdotes —aunque se insista en que existe una diferencia esencial, no de grado, lo que en principio chirría con el concepto de *pueblo*— y todos son portadores de carisma. La verdad de la fe es comunicada en directo a la totalidad de los creyentes. Y lo más novedoso es que, al menos en la teoría, la jerarquía, el poder sagrado, deja de ser eficazmente centro y referente último de la Iglesia. Es bien sabido, pero sin sacar las consecuencias, que en la *Lumen gentium* antes que el capítulo tercero sobre la *jerarquía* está el capítulo segundo sobre el *pueblo de Dios*. El problema hermenéutico fundamental es qué capítulo se debe entender a partir del otro. Desafortunadamente, en la realidad no se entiende la jerarquía a partir del pueblo de Dios, sino este a partir de aquella. Y cuenta con el peso de muchos siglos a su favor.

(c) Y no sólo eso. Después del Vaticano II, relativamente pronto comenzó el declinar oficial del “pueblo de Dios”, incluso en el concepto. En el sínodo extraordinario de obispos de 1985, el entonces cardenal Joseph Ratzinger dijo que el concepto era peligroso por sus connotaciones sociológicas. Se pretendía acabar con él. Y como alternativa proponía el concepto *communio* para definir la esencia de la Iglesia, lo que el sínodo explicó así: “Fundamentalmente se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo” (II C 1). Es correcto, pero nada dice de *cómo* historizar dicha comunión. Y al analizar este problema entramos en lo que lleva a otra “marcha atrás”: qué hace que la *comunión* sea comunión *jesuánica*.

Hace ya muchos años, J. Moltmann se preguntaba: “¿En dónde está la *verdadera* Iglesia: en la *comunidad* manifiesta a través de la palabra y el sacramento, o en la *fraternidad* latente del juez universal oculto en los pobres?”⁵. No es una disyuntiva, evidentemente, pero es decisivo mantener la pregunta, porque poner o no en el centro a Mt 25 sigue siendo la gran batalla eclesial, solo resuelta, como veremos, en Medellín.

Con monseñor Romero la Iglesia fue *comunión*, pero ante todo alrededor de los crucificados. Así fue pueblo de Dios, pueblo de pobres que camina hacia su liberación.

Y añadamos que poner en el centro a los crucificados, se trate de *pueblo de Dios*, de *cuerpo de Cristo* o de *comunión en el Espíritu*, es el mejor antídoto contra el peligro de aburguesamiento que amenaza siempre a la Iglesia en cualquiera de sus configuraciones. Insistir, por ejemplo, en “nuestros” derechos,

5. *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Salamanca, 1978, p. 160.

garantizados por ser miembros del pueblo de Dios, no puede hacernos olvidar que ante los crucificados no tenemos derechos. Nos podemos rebelar con razón contra una autoridad que somete y priva de derechos y dignidad, pero no para desentendernos de algo más primordial: “la autoridad de los que sufren” (J. B. Metz).

1.2. Marcha atrás con respecto a Medellín: la “Iglesia de los pobres”

(a) El “pueblo de Dios” del Vaticano II, y su dimensión democrática, no es hoy tomado en serio⁶, y mucho menos lo es “la Iglesia de los pobres”. Sus orígenes se encuentran en la ilusión de Juan XXIII poco antes de comenzar el Concilio: proclamar que la Iglesia es “Iglesia de los pobres”⁷. El cardenal Lercaro tuvo un emotivo y lúcido discurso a favor al final de la primera sesión en 1962. Y monseñor Himmer, obispo de Tournai, dijo: “*primus locus in ecclesia pauperibus reservandus est*”. Pero de la Iglesia de los pobres no quedó nada importante en los textos del Concilio.

Varios obispos captaron pronto que a la mayoría les era lejano el tema de una Iglesia volcada a los pobres de este mundo, en pobreza y sin poder. Y siguiendo la inspiración de Juan XXIII se reunieron confidencialmente y con regularidad en *Domus Mariae*, en las afueras de Roma, para tratar el tema de “la pobreza de la Iglesia”.

Pocos días antes de la clausura del Concilio, cerca de 40 padres conciliares celebraron una eucaristía en las *catacumbas de Santa Domitila*. Pidieron “ser fieles al espíritu de Jesús”, y al terminar la celebración firmaron lo que llamaron “pacto de las catacumbas: una Iglesia servidora y pobre”. Uno de los propulsores del pacto fue don Hélder Câmara.

El “pacto” era un desafío a los “hermanos en el episcopado” a llevar una “vida de pobreza” y a ser una Iglesia “servidora y pobre”. Los signatarios —entre ellos muchos latinoamericanos, a los que se unieron otros— se comprometían a vivir en pobreza, a rechazar todos los símbolos o privilegios de poder y a colocar a los pobres en el centro de su ministerio pastoral. Es un texto singular que tendría un fuerte influjo en la teología de la liberación. Así comienza:

-
6. De ahí las numerosas críticas y exigencias de volver al Vaticano II. En Italia la fundación *Ambrosianum* ha impulsado un portal de Internet “con el propósito de relanzar el Concilio Vaticano II”. Entre los promotores hay prominentes personajes eclesiales: los cardenales Carlo María Montini, Roberto Tucci, Roger Etxegaray, Silvano Iovanelli, Achille Silvestrini, Dionigi Tettamanzi y una veintena de obispos.
 7. “Frente a los países subdesarrollados, es decir, frente a la pobreza en el mundo la Iglesia es y quiere ser una realidad germinal y un proyecto, la Iglesia de todos y, particularmente, la Iglesia de los pobres”, *Radiomensaje*, 11 de septiembre de 1962.

Nosotros, obispos, reunidos en el Concilio Vaticano II, conscientes de las deficiencias de nuestra vida de pobreza según el Evangelio; motivados los unos por los otros en una iniciativa en la que cada uno de nosotros ha evitado el sobresalir y la presunción; unidos a todos nuestros hermanos en el episcopado; contando, sobre todo, con la gracia y la fuerza de nuestro Señor Jesucristo, con la oración de los fieles y de los sacerdotes de nuestras respectivas diócesis; poniéndonos con el pensamiento y con la oración ante la Trinidad, ante la Iglesia de Cristo y ante los sacerdotes y los fieles de nuestras diócesis, con humildad y con conciencia de nuestra flaqueza, pero también con toda la determinación y toda la fuerza que Dios nos quiere dar como gracia suya, nos comprometemos a lo que sigue.

Y enumeran su compromiso en 13 puntos, todos ellos alrededor de vivir “en pobreza y sin poder”⁸.

(b) La idea y el compromiso fueron recogidos por Medellín en el capítulo “Pobreza de la Iglesia”. En él los obispos se preguntan por su propia pobreza y la de sus iglesias. Y como es más conocido, desde la pobreza real y la opresión que vivían las mayorías del continente comprendieron centralmente la misión de la Iglesia en los dos capítulos inaugurales sobre “Justicia” y “Paz”.

Pues bien, también en relación a “la Iglesia de los pobres”, reconocida por los obispos de Medellín, se ha dado una marcha atrás. Y no es sorprendente. A diferencia del Concilio, Medellín, por hacer central a los pobres y su liberación, tuvo en su contra desde el principio a los poderes económicos, militares, policiales y en buena parte también mediáticos del continente. Recuérdese el informe Rockefeller de 1968, el documento de la reunión de Santa Fe en 1980, las reuniones de militares en el Cono Sur en la década de los ochenta. Fueron campañas crueles, a las que a veces se unió una parte de la Iglesia institucional. Y han sido campañas duraderas allá donde la Iglesia se ha mantenido fiel a Medellín —y es esencial recordar e insistir en que fueron también épocas de martirio, que fue lo más jesuánico que ocurrió en la Iglesia. Sobre ello volveremos—.

Sin embargo, desde un punto de vista cristiano, lo más grave ocurrió al interior de la Iglesia institucional. La persecución exterior asustó a la Iglesia institución, comprensiblemente. Pero además vio con temor que Medellín, muchos obispos prominentes —más la teología de la liberación— concedió adultez y libertad a los cristianos, para obedecer a Dios y defender a los pobres. Sentían que el poder de la jerarquía se tambaleaba. Eso fue juzgado como grave mal para la Iglesia. Y la jerarquía reaccionó.

8. El texto puede verse en *Carta a las Iglesias* 590 (junio 2009), pp. 6-8.

Ya en los años setenta parte importante de la alta jerarquía declaró la guerra a Medellín. Puebla logró mantenerlo con dignidad. Pero en Santo Domingo el olvido se hizo inocultable. “La Iglesia oficial empezó a no tener nada que decir”, comenta Comblin. Y cuando mencionaba a Medellín, eran “*words, words, words*”. Aparecida, a pesar de su deficiente cristología, sí supuso un freno al retroceso, lo que el mismo Comblin reconoce: “Los obispos recogieron las aspiraciones de la minoría más sensible a los signos de los tiempos. El documento final constituye un motivo de renovada esperanza para los viejos y ofrece algunas orientaciones bien definidas a los jóvenes”⁹. No lo hizo, sin embargo, con el vigor de Medellín.

En El Salvador, también ha habido una clara marcha atrás con respecto a la Iglesia de monseñor Romero, aunque, con dificultades, muchas personas y comunidades siguen manteniendo su herencia y la ponen a producir.

Si este deterioro y retroceso son reales, es evidente que se necesitan “cambios”, pero no cualquier cambio, sino un cambio que signifique “quiebre”, concepto, por cierto, ya presente, aunque en otro contexto, en la teología alrededor de Medellín: la *liberación* no fue comprendida como progreso paulatino y sin costos, como sí lo fue el *desarrollo*. Liberación suponía un “quiebre”. En lenguaje cristiano a ese quiebre se le llama “conversión”¹⁰.

1.3. Necesidad de conversión. “Volver a las fuentes de aguas vivas”

Benedicto XVI se ha quejado del “utopismo anárquico” que sobrevino después del Concilio, que el papa entiende como si “en la Iglesia todo tuviese que ser nuevo”. Admitiendo algunos casos de ese fenómeno, no es eso lo que más ha abundado, sino una marcha atrás calculada y planificada con respecto a los impulsos del Concilio y de Medellín. Lo hemos ejemplificado con lo sucedido con el “pueblo de Dios” y con la “Iglesia de los pobres”. Lo más grave, sin embargo, aunque no se suela poner en esas palabras, consiste en frenar el impulso a volver al *Jesús del Evangelio, en pobreza y sin poder, y a su seguimiento hasta dar la vida*. Eso está a la base del pueblo de Dios y de la Iglesia de los pobres. Eso hay que mantener, o, si ha desaparecido, a eso hay que volver. Y para que ocurra no se necesita una reforma cualquiera, sino conversión.

En lenguaje de los profetas, hay que caminar a “fuentes de aguas vivas” cuando otras fuentes son incapaces de calmar la sed. Y cuando las ha habido, *conversión* significa, en muy buena medida, “volver a las fuentes de antaño”. Entre nosotros, eso significa volver a Medellín y volver a monseñor Romero.

9. “El proyecto de Aparecida”, *Revista Latinoamericana de Teología* 72 (2007), p. 282.

10. En Puebla, en el contexto de la opción por los pobres, el término aparece seis veces, como conversión de cada cristiano y de la Iglesia.

En mi opinión, la razón es que en Medellín tuvo lugar una irrupción, fundamental y fundante, de lo humano y de lo cristiano. Fue la irrupción de los *pobres* y de *Dios* en ellos. Con ese vigor esa irrupción ocurre raras veces. Eso dio a luz una nueva Iglesia, comunidades, obispos y sacerdotes, vida religiosa, seminarios, movimientos de laicos y laicas, teología, pastoral y liturgia. Y en esa irrupción se recuperó a Jesús de Nazaret, el que por años había quedado olvidado, disimulado, escondido con buenas intenciones o con malas artes, pero sin referencia a la historia; otras, secuestrado activamente de modo que Jesús no interpelara a los opresores.

En El Salvador, esa irrupción ocurrió con fuerza singular con monseñor Romero junto a una pléyade de mártires: 16 sacerdotes y un obispo, además de monseñor, cinco religiosas y miles de campesinos y campesinas, obreros, estudiantes, periodistas, abogados, médicos y algunos otros profesionales, asesinados. Nunca había ocurrido cosa igual. Y pienso que gracias a esos mártires ha sido más difícil secuestrar y esconder del todo a Jesús, aunque, explícita o implícitamente, se haya intentado.

Es claro que Medellín debe ser historizado, y así ocurre en buena medida en América Latina. Quienes hoy se inspiran en Medellín comprenden al “pobre” de manera más abarcadora que antes, aunque eso no garantiza de por sí que opten por el pobre con mayor hondura existencial. Para evitar una concentración unilateralmente económica, Gustavo Gutiérrez habla de “los insignificantes”. Nosotros hemos escrito que pobres son “los que no dan la vida por supuesto”, y, dialécticamente, “los que tienen a (casi) todos los poderes en su contra”. Hoy los pobres también irrumpen como “excluidos”, “indígenas y afroamericanos”, “emigrantes e ilegales”, y cada vez más como “mujeres y niños”. Irrumpe también la “madre tierra”, cuya muerte ecológica lleva a la muerte histórica de sus hijos. Y lo mismo hay que decir de “liberación”. No hay por qué repetir rutinariamente el imaginario de “revolución” —nosotros solemos insistir en “humanización”—, pero sin ignorar la estructura liberadora (erradicar pecado) y redentora (cargando con él) que irrumpió. Y hay que mantener que el “Dios” que irrumpe sigue siendo el de Jesús, aunque hoy con cercanía más explícita al Dios de otras religiones.

Esta historización —y muchas otras— es necesaria, pero no hace obsoleto a Medellín, pues lo fundamental, también hoy, es que siga *irrumpiendo* el pobre y el oprimido, y que *irrumpa* un Jesús que acabó crucificado por defenderlos. En ellos y junto a ellos sigue *irrumpiendo* el misterio de Dios. Y hay que recordar que eso no fue invento de Medellín. En Isaías y Amós, “los oprimidos” siempre están en el centro de la relación entre los seres humanos y Dios, lo que unifica todos los oráculos. En su realidad histórica y dialéctica, los pobres, producto de los opresores, son siempre —por lo tanto, también ahora— el lugar *teofánico* por excelencia.

“Volver”, al Concilio, a Medellín, a monseñor Romero, es una manera de formular la necesidad de *conversión de la Iglesia* como hecho y de *apuntar a contenidos fundamentales* que la configuren teológica, cristológica y evangélicamente. “Volver” no tiene nada de nostalgia ni de ingenuidad. Dados los cambios históricos y de paradigmas, es evidente que ningún intento de imitación sería sensato, además de ser imposible. Y para una fe utópica tampoco es deseable, pues haría desaparecer el elemento de novedad esencial en la esperanza. Pero no es desatino, aunque haya que historizarlo adecuadamente, volver a lo que fue fundamental en la irrupción. Y si a pesar de todo produce desasosiego oír hablar de “volver” a Medellín, quizás ayuden las siguientes reflexiones.

1. Salvadas las distancias, igual o mayor desatino sería pedir “volver a la Pascua de Jesús”, sobre todo “al Crucificado”. De hecho, ocurre con gran dificultad. Pero no por ser cosa del “pasado”, sino por ser “cruz”. Lo mismo ocurre con Medellín: no se trata de volver simplemente al pasado, sino a los pobres y oprimidos, lo cual suele llevar a la cruz, aunque esta hoy no sea como la de antaño.

2. Al soñar un futuro mejor, los profetas se remiten al origen, pero, de nuevo, no por haber ocurrido en el pasado, sino por ser “principio” que principió realidades salvíficas. Hablan así de un “nuevo” éxodo, recordando la realidad y las exigencias que acompañaron al “antiguo”: cercanía de Dios y liberación, por un lado; exigencia al pueblo de justicia y fraternidad; lucha contra los ídolos que exigen víctimas para subsistir, por otro.

3. Nunca, que yo sepa, como en Medellín —y creo que más todavía con monseñor Romero— la Iglesia ha superado con eficacia las crisis más graves que la han amenazado desde el principio: *el docetismo*, es decir, la *irrealidad* de su estar en el mundo; y *el gnosticismo*, es decir, la *irrealidad* en ofrecer salvación¹¹ —llevándola al mundo del conocimiento esotérico, descarnado e individual—, tentación que Marcos intuyó con toda claridad y por eso presentó a un Jesús inmanipulablemente “real”. Pienso que ni siquiera en el Concilio, tan importante por muchísimos capítulos, la Iglesia fue *realidad* tan *real* como en Medellín y con monseñor Romero. Ambos son una seria llamada de atención en contra del distanciamiento de la realidad conflictiva, en contra del solemnismo que se ha apoderado de la Iglesia —y que se comunica interesadamente por los medios—, con lo que se puede crecer en número, pero no en calidad cristiana. Y en contra de ofrecer alivio en medio de una vida de sufrimientos, pero sin comprometerse a erradicar la injusticia que en buena medida los produce.

11. *Cfr.* Según W. Kasper ante la gnosis, “movimiento espiritual que amenazó en su sustancia la esencia de la fe cristiana”, la Iglesia “cayó quizás en la crisis más profunda que jamás ha tenido que superar y que fue mucho más peligrosa que la persecución exterior de los primeros siglos”. En *Jesús, el Cristo*, Salamanca, 1976, p. 243.

4. En El Salvador, después de monseñor Romero, han proliferado movimientos espiritualistas, muchas veces infantilizantes; y otros integristas y egoístas, facilitando y bendiciendo buen vivir de minorías. Se mantiene la religiosidad alrededor de algún Cristo, pero el Jesús del Evangelio, el que asomó con fuerza en Medellín como liberador, con frecuencia parece como si hubiera desaparecido; peor aún, como si hubiese sido escondido, secuestrado. Y si se recuerda cómo en aquellos años estuvo presente entre nosotros “el Jesús histórico”, no falta quién —en otro lenguaje— diga lo del gran inquisidor: “Señor, vete y no vuelvas más”. Para superar cristologías que, evangélicamente hablando, más parecen a-cristologías, e incluso anti-cristologías, mucho ayudará volver a Medellín.

Éste me parece a mí que es en definitiva el problema fundamental al hablar de “otra Iglesia es necesaria”: recuperar una Iglesia con Jesús de Nazaret en el centro. Y con él, los pobres de este mundo.

2. “Otra Iglesia es posible”. La conversión de y desde monseñor Romero

Sería simplismo preguntarse qué haría hoy monseñor Romero ante la marcha atrás y el deterioro eclesial. Pero para mantener la esperanza de que “otra Iglesia es posible” y poner manos a la obra, mucho ayudará conocer su reacción, una vez elegido arzobispo de San Salvador, ante las exigencias de la realidad, del pueblo y de Dios.

A monseñor Romero le llamamos “pastor”, “profeta” y “mártir”, y esas dimensiones tuyas han sido bien analizadas. Pero pienso que no se suele analizar ni valorar suficientemente, sino que se da como por sabido, que el obispo Romero llegó a ser el monseñor Óscar Romero, arzobispo, y que para ello pasó por un innegable y esencial proceso de “cambio”. Queremos insistir en que, dicho en forma lapidaria, monseñor Romero “se convirtió”, aunque haya que explicar bien el significado del término. A ello ya ha aludido María Clara Bingemer.

2.1. La importancia del cambio-conversión en monseñor Romero

A monseñor Romero no le gustaba que se hablase de ese cambio en términos de “conversión”, y es comprensible. También monseñor Urioste prefiere que se use otro lenguaje: “A monseñor se le fue cayendo la venda de los ojos”. Ciertamente, el cambio no consistió en dejar de *hacer el mal* para *hacer el bien*, ni siquiera en pasar de ser un buen cristiano a ser un cristiano comprometido. Pero aunque esto es verdad, no nos parece bueno ignorar la *profundidad* del cambio que configuró toda su vida posterior, y lo que permitió tal radicalidad. En su vida hubo un antes y un después. Si se olvida esto, no solo se ignora un hecho biográfico fundamental, sino que no se entiende a cabalidad qué tipo de pastor, profeta y mártir llegó a ser monseñor. Ni se entiende qué Iglesia deseó y ayudó a dar a luz.

“Cambio” o “conversión”, lo cierto es que nadie, ni pobres ni oligarcas, ni laicos ni jerarcas, habían visto cosa igual. Monseñor llegó a ser un salvadoreño y un obispo *muy otro*. El suyo fue un cambio descomunal, es decir, fuera de lo común.

Es cierto que había sido siempre hombre piadoso, sensible y compasivo con los pobres¹². Su conducta ética fue intachable, y siempre fue sacerdote celoso de las almas, con amor y obediencia a la Iglesia, también en su dimensión institucional.

Pero le faltaba la aceptación cordial de Medellín: hacer *central* el clamor de los oprimidos que llega hasta Dios y la esperanza de liberación de todas sus esclavitudes. En términos de *ideas* Medellín le asustó, y más todavía la teología de la liberación. En términos de *praxis* no pensaba que fuese asunto de sacerdotes y obispos enfrentarse a *estructuras* de injusticia y provocar los conflictos que dicho enfrentamiento conlleva.

Lo decisivo para comprender al nuevo monseñor es que la “conversión” no acació regionalmente, solo en el ámbito ético-moral, por así decirlo, sino que lo configuró en su identidad total: en su saber, su actuar, su esperar —siguiendo a Kant— y en su celebrar, lo que incluye centralmente recibir y dar un *eu-aggelion*.

En sus últimos años de obispo de Santiago de María, monseñor ya había sentido la crueldad de la injusticia¹³, pero fue elegido arzobispo de San Salvador con una finalidad definida: apaciguar los ánimos *liberacionistas* de comunidades y parroquias, grupos de sacerdotes diocesanos, la Conferencia de religiosos y religiosas, la UCA... Ellacuría lo dijo con agudeza: “No se le eligió para que fuera a ser lo que fue; se le eligió casi para todo lo contrario”¹⁴.

Pero cambió, y milagro fue que monseñor Romero llegase a ser prácticamente lo contrario de aquello para lo que fue elegido. Tenía 59 años, edad en la que los seres humanos han fraguado sus estructuras psicológicas y mentales, su vivencia de la fe, su espiritualidad y compromiso. Y acababa de ser constituido

12. Jesús Delgado, en su libro *Así tenía que morir. ¡Sacerdote! Porque así vivió Mons. Óscar A. Romero*, Ediciones de la Arquidiócesis de San Salvador, 2010, pp. 26 y s., cuenta anécdotas de cuando estudiaba en Roma, de 1937 a 1942. Una ancianita pidiendo pan, muerta de frío y de hambre, le impactó mucho más que el imponente templo del Gesù que tenía delante. En el seminario donde vivía solía llevar pan del comedor a su cuarto, lo que estaba prohibido, para repartirlo después entre los mendigos.

13. Zacarías Diez y Juan Macho, “En Santiago de María me topé con la miseria”. *Dos años de la Vida de Mons. Romero (1975-1976). Años de cambio*, 1994.

14. I. Ellacuría, “Monseñor Romero. Un enviado de Dios para salvar a los hombres”, *Sal Terrae* (diciembre 1980), p. 827.

en máxima autoridad de la institución eclesial en el país, lo cual casi siempre suele favorecer la continuidad, cuando no la marcha atrás, y asegurar el poder.

Pronto intuyó también lo que se le venía encima: las iras de la oligarquía, Gobierno, partidos políticos, Ejército y cuerpos de seguridad; las críticas de casi todos sus hermanos en la Conferencia Episcopal y de dicasterios vaticanos. Hasta del Gobierno de Estados Unidos. Pero nada detuvo a monseñor. Y para comprender la profundidad de su conversión es igualmente esencial recordar que pronto también sintió el amor del pueblo, el cariño de los pobres y el respeto de toda la gente de bien. Le acompañaron hasta el final.

2.2. El origen del cambio y conversión

La dificultad de un cambio como el de monseñor es evidente, y más para un colectivo como la Iglesia. Por ello es importante conocer su raíz, si la Iglesia quiere en verdad ponerse en trance de conversión. Veámoslo brevemente, teniendo presente aquello que más puede iluminar y animar a trabajar por otra Iglesia posible, que hoy, además, es necesaria.

En el origen está “un crucificado”. Monseñor “se convirtió” ante el asesinato de Rutilio Grande, junto con el niño Nelson y Manuel, un señor mayor, expresión de la opresión radical del pueblo que ya había empezado a sentir en Santiago de María. Dios y la historia le pusieron ante un crucificado. Y como en las mejores tradiciones cristianas —sin reducirlas a palabrería piadosa— el crucificado le concedió la gracia de la conversión. En mi opinión, aquí está el misterio más hondo del nuevo monseñor: *una irrupción de Dios en un crucificado*, su amigo Rutilio, y *una irrupción del pueblo salvadoreño*, simbolizado en un niño y un anciano, que enseguida comprendió como pueblo crucificado, sacramento de Cristo.

No ocurrió todo de golpe, pero la reacción de monseñor ante el asesinato de Rutilio fue *inmediata*. Esa misma noche en Aguilares exigió al Gobierno el esclarecimiento de los tres asesinatos. Prometió no asistir a ningún acto oficial mientras no se esclarecieran. Prometió solemnemente no abandonar al pueblo. Y nunca se echó atrás. El cambio fue *espectacular*: en El Salvador nunca nadie había visto cosa igual.

Sin pretenderlo, el nuevo monseñor estaba re-creando la estructura de la vida de Jesús de Nazaret. Rutilio fue para monseñor el detonante que Juan Bautista había sido para Jesús. “Apresado Juan, marchó Jesús a Galilea”. “Asesinado Rutilio Grande, comenzó monseñor Romero”¹⁵.

El asesinato de Rutilio fue el *origen* del nuevo monseñor. Y lo que le mantuvo *para siempre* y le llevó a plenitud fueron los pobres del pueblo, sufrientes y esperanzados. Por ellos hizo una opción total y con ellos tuvo una identificación

15. Años más tarde añadimos: “Asesinado monseñor Romero, surgió Ignacio Ellacuría”.

total. A ellos les anunció la buena noticia de la liberación y el amor de un Dios liberador. En ellos vio a Cristo crucificado, en ellos escuchó la voz de Dios y en ellos se encarnó. Eso lo cambió todo. “Lo que [antes del cambio] era una palabra opaca, amorfa e ineficaz se convirtió en un torrente de vida, al cual el pueblo se acercaba para apagar su sed”¹⁶.

Para los campesinos, sobre todo los perseguidos, acosados por el Ejército, paramilitares y escuadrones de la muerte, monseñor Romero significó un antes y un después. En él vieron, en medio de aberraciones y crueldades, mayor posibilidad de vivir y de vivir con dignidad. En vida, monseñor los defendió con su palabra, y en alguna medida significó algún tipo de freno —tal era su peso en el país— de capturas, torturas y asesinatos —aunque ciertamente no pudo evitar muchas barbaries—. Pero los campesinos sintieron que, sin él, corrían todavía mayor peligro. Después de muerto, creció la barbarie ya sin el freno de monseñor, pero su recuerdo producía aliento y esperanza a los oprimidos. Mínimos podrá decirse, pero importantes.

Y en ese pueblo monseñor encontró don y gracia: “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio” (18 de noviembre de 1979). Y en el pueblo encontró su lugar natural. Cerca del final dijo sin ninguna jactancia: “Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño” (marzo de 1980). Y monseñor, admirado y venerado por su pueblo, fue sobre todo *querido* —cosa nada frecuente—. Hasta el día de hoy el amor que le tuvo —y le tiene— el pueblo permanece como lo más entrañable.

Pero, recordémoslo, todo comenzó con una “conversión”. Y monseñor Romero vivió siempre en disposición de conversión como algo esencial, para él, para los cristianos y para la Iglesia. Lo decía con convicción.

Todos debemos convertirnos. Yo, que les estoy predicando, soy el primero que necesita conversión; y le pido a Dios que me ilumine mis caminos para no decir ni hacer cosas que no sean de su voluntad, que debo de convertirme a lo que Él quiere, que debo de decir lo que Él quiere, no lo que conviene a ciertos sectores o me conviene a mí, si es contra la voluntad del Señor. (23 de octubre de 1977.)

Yo, que les estoy hablando, necesito convertirme continuamente. (13 de noviembre de 1977.)

2.3. Las raíces de la nueva Iglesia de monseñor Romero

La conversión de monseñor se produjo en lo escondido, pero se expresó visiblemente en su modo de ser y actuar. Ahora lo vamos a analizar en su modo de “construir Iglesia”. Y comenzamos con una aclaración.

16. I. Ellacuría, “Monseñor Romero”, *óp. cit.*, p. 829.

En el índice analítico de la edición crítica de sus homilías, de UCA Editores, la entrada que aparece más veces es “Iglesia”. Pero lo importante es que, ya como arzobispo, monseñor Romero usó el término en sentido preciso, no en forma genérica, lo que en la práctica dice poco o nada. Y menos en forma reduccionista, lo cual, consciente o inconscientemente, suele significar “la Iglesia oficial” y, en definitiva, “la jerarquía”, “Roma”.

Monseñor Romero también usó otras expresiones vigorosas y menos ambiguas, como *pueblo de Dios*¹⁷ e *Iglesia de los pobres*¹⁸. Y con esos términos, mejor que con el término “Iglesia”, ponía de relieve la dimensión histórica, popular, democrática, salvífica, jesuánica y teológica de la Iglesia.

Al hablar de monseñor Romero y la Iglesia, se suele recordar que, al ser nombrado obispo en 1970, eligió como lema de su episcopado “sentir con la Iglesia”. Así fue, y quizás en aquellos años lo entendiésemos en sentido convencional. Pero desde 1977, ya arzobispo, concretó su significado evangélico y teológicamente. En palabras de Ricardo Urioste, vicario general e íntimo colaborador suyo, “para monseñor *sentir con la Iglesia* significaba estar arraigado en Dios, defender a los pobres y aceptar todos los conflictos procedentes de la fidelidad al Señor”¹⁹.

“Sentir” no significa aquí simplemente identificarse con lo que dice la Iglesia ni afectarse y defender cualquier actuación suya, sino que es un vigoroso acto del espíritu: “estar arraigado”, “defender”, “aceptar”. Y el “sentir” así entendido, no cualquier “sentir”, remite a algo que va más allá de la “Iglesia”. En concreto, remite a “Dios”, realidad trascendente; y a “pobres” y “conflictos”, realidades históricas. Esto quiere decir que para conocer a monseñor Romero no se avanza mucho sólo analizando términos y conceptos sobre la “Iglesia”, sino viendo a monseñor *in actu*, construyendo la Iglesia.

Comencemos. Monseñor no empezó de la nada. En El Salvador, ya en 1970, tuvo lugar una asamblea eclesial nacional, llena de vida e ilusiones, y con grandes tensiones. Grupos de sacerdotes trabajaban para que Medellín se hiciera realidad en el país. De los obispos, algunos ni siquiera asistieron a la asamblea, otros se asustaron. El mismo monseñor Romero no participó y se refugió en el seminario. Al final se escribieron dos distintos textos de conclusiones. Uno, escrito por los sacerdotes. Otro, enviado por los obispos y el nuncio a Roma. Rutilio Grande captó lo que estaba en juego en aquel conflicto eclesial por haber tocado a fondo

17. En sus *Homilías*, en I, 38 veces; II, 42; III, 22; IV, 45; V, 45; V, 19.

18. *Ibíd.*, en I, 2 veces; II, 7; III, 4; IV, 6; V, 2; VI, 1. Su segunda carta pastoral de 1977 lleva por título “La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia”.

19. Citado en D. Marcouiller, *El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero*, San Salvador, p. 28.

el problema de la Iglesia en El Salvador. Dijo: “Necesitamos conversión”. Y se empezaron a dar pasos en la construcción de una nueva Iglesia.

En 1977 la conversión que pedía Rutilio se hizo real con monseñor. Para mostrarlo gráficamente recordaremos tres ideas madre, de las que nació la savia de una nueva Iglesia. Surgieron muy pronto tras la conversión de monseñor, y fueron madurando en los tres meses que van del 12 de marzo, asesinato de Rutilio, al 19 de junio, misa en Aguilares. Una raíz fue *eclesio*-lógica, otra *teológico* y una tercera *cristo*-lógica.

Analizaremos solo algunos de sus elementos, sin detenernos en su fundamentación, a todas luces evangélica. Surgieron en el contexto de *hechos* reales. Ocurrieron en los inicios, marcaron una dirección y enriquecieron el crecimiento de la Iglesia. Recordaremos algunas *palabras* de monseñor que expresan lo que iban produciendo aquellas raíces. Y elegiremos los elementos que —aunque sobre esta elección pudiera haber discusión— nos parecen ser hoy más necesarios. Comenzamos con la raíz *eclesiológica*, en la que nos detendremos un poco más.

2.3.1. Elementos de *eclesio*-logía

(a) *Creación de un cuerpo eclesial*. Fue lo más inmediato. Desde el principio, monseñor dio un vuelco a la configuración de la arquidiócesis. Esta dejó de ser piramidal y comenzó a ser “cuerpo” —aunque en El Salvador ya había intentos de ello—. El cambio ocurrió en las primeras reuniones con sacerdotes, religiosos, religiosas y comunidades, tras el asesinato de Rutilio —y más adelante, a esas reuniones invitaría a representantes de las organizaciones populares—. En algunas de ellas hubo tensiones con algunos sacerdotes más radicalizados políticamente. A otras reuniones invitaba a profesionales, intelectuales, algunos políticos cristianos. Lo importante es el hecho: la Iglesia se hizo cuerpo. Y la humildad de monseñor: “Ayúdenme” es lo primero que pidió a los sacerdotes.

Un ejemplo importante. Antes de escribir su última carta pastoral en 1979, envió una encuesta a las comunidades en la que preguntaba: “¿Quién es para usted Jesucristo?”. “¿Cuál es el mayor pecado del país?”. “¿Qué piensa usted de la Conferencia Episcopal, del nuncio, de su arzobispo?”. Y tomó en serio las respuestas.

La gente captó pronto y bien el cambio, y la diferencia abismal con el modo en que otros obispos configuraban la Iglesia. Sin mucha elaboración teórica quedó claro que la Iglesia no es institución jerárquica, ni una sociedad perfecta, ni un etéreo cuerpo de Cristo. Es el *cuerpo* de Cristo en la historia, como dijo en su segunda carta pastoral en agosto de 1977.

(b) *El obispo, defensor de las víctimas* ex officio. Muy pronto lo dejó en claro. Fue un elemento clave de la novedad eclesial *ministerial*. El 19 de junio de 1977, después de que el Ejército abandonase Aguilares, habiéndola sitiado durante un

mes y habiendo asesinado alrededor de un centenar de campesinos —nunca se ha conocido el dato exacto—, monseñor fue a consolar al pueblo, y comenzó la homilía con estas palabras: “A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres”. Monseñor, que había sido obispo desde 1970, hablaba ahora como si estuviese redescubriendo una dimensión esencial de su identidad y misión episcopal. Venía a decir que era *ex officio* defensor de las víctimas, como los obispos de la colonia eran *ex officio* defensores del indio. Fue una importante “conversión” en la comprensión de su identidad episcopal. Lo no negociable de esa identidad, podríamos decir, fue *acompañar y dar esperanza a las víctimas* —de ahí la importancia eclesial del Socorro Jurídico—. La Iglesia, en totalidad, debía ser *ex officio* defensora del pueblo oprimido.

(c) *Una Iglesia de los pobres*. Fue lo fundamental. Monseñor construyó una Iglesia hecha de pobres y evangelizadora de los pobres. No excluyó a nadie, pero en ella no cabían —porque se autoexcluían— los opresores. Por amar y defender a pobres y oprimidos, no principalmente por imperativos categóricos ni por mera fidelidad a la doctrina social de la Iglesia, denunció de forma inigualable al opresor. El monseñor “convertido” —como el “convertido” Bartolomé de las Casas— llegó a ser uno de los siete u ocho grandes profetas en la tradición bíblica, como nos dijo hace muchos años José Luis Sicre.

Monseñor buscó construir una Iglesia para los pobres, pero también una Iglesia ella misma pobre, evangelizadora en pobreza y sin poder, sin ínfulas de solemnidad, sin aire de superioridad y sin arrogancia ante otras Iglesias, religiones e instituciones que también buscaban el bien para los pobres. Quería una Iglesia con religiosos y religiosas que tomaran en serio la pobreza que prometieron, y con una jerarquía que se preguntase, como lo hizo en Medellín, si vive o no en pobreza²⁰. La Iglesia de monseñor fue pobre²¹.

Monseñor quiso construir una Iglesia respetuosa de la *razón de los pobres y pequeños*. Fue respetuoso de la razón para no infantilizar, religiosamente, a los pobres, a lo que ayudaban sus cartas pastorales *razonadas* y sus homilías fundamentadas *teológicamente*, sin caer en la pura devoción, y menos en devociones infantilizantes. Y lo hacía sabiendo que cuando la fe de los sencillos se hace adulta puede poner en aprietos a la institución, su doctrina, predicación y

20. Véase el capítulo “La pobreza de la Iglesia”: “Llegan también hasta nosotros las quejas de que la Jerarquía, el clero, los religiosos, son ricos y aliados de los ricos”, n. 2. Medellín matiza y explica, pero los obispos tuvieron la honradez de examinarse a sí mismos, con sinceridad, sobre la pobreza o riqueza real de la Iglesia.

21. Un solo ejemplo. Durante sus tres años de arzobispo no avanzó la reconstrucción de catedral. La Iglesia no tenía recursos. Algunos años después de su muerte, pronto terminó la reconstrucción, incluso con elementos lujosos para un pueblo como el salvadoreño.

devociones. Y también fue respetuoso de su libertad, aunque sin ella es más difícil mantener a los fieles sometidos a la autoridad eclesiástica.

Monseñor hizo de los pobres no solo destinatarios de la misión de la Iglesia, sino centro de su estructuración e inspiración interna, en lo que insistió Ellacuría. Y por encima de todo, monseñor construyó una Iglesia que se conmovió hasta el fondo con el sufrimiento de los pobres. Nunca hizo pasar su sufrimiento a un segundo lugar. “Mi posición de pastor me obliga a ser solidario con todo el que sufre” (7 de enero de 1979), dijo lapidariamente.

(d) *Una Iglesia popular*. Añade un matiz distinto a lo ya dicho. Poco después de Medellín la expresión fue condenada desde la curia, pero esa fue la Iglesia de monseñor: una *Iglesia del pueblo*. “Difícil hablar de monseñor Romero sin hablar del pueblo”, decía Ellacuría.

Para entendernos, y pensando en la Iglesia de hoy, monseñor hubiese abogado por una Iglesia inserta en un pueblo de campesinos, obreros, maquilas, salvadoreños siempre en trance de emigración. Hubiese abogado por una Iglesia latinoamericana, de mestizos, indígenas y afroamericanos, junto con europeos. Por iglesias locales con su propia cultura, abiertas a otras, más a las de África y Asia. Y ciertamente abogó por una Iglesia ella misma *pueblo* antes que *institución*. Cercana a todos, pero más a los grupos populares, aquellos que luchan por la justicia en movimientos y sindicatos, sobre lo que escribió una extraordinaria carta pastoral. Y también una Iglesia-pueblo junto con organizaciones no gubernamentales, colegios y universidades, grupos de profesionales comprometidos, seminarios y grupos solidarios.

Esa Iglesia popular fue profética, con la ayuda de la doctrina social, usada no rutinariamente, sino sabia y creativamente, sacando de ella lo más convergente con el Evangelio, y aplicándola concretamente para ser eficaz en cada situación. Citó muchas veces la doctrina social —sobre lo que dudaron en Roma—, pero teniendo siempre ante los ojos, el *sufrimiento del pueblo*.

A un nivel más teológico, la Iglesia popular puso juntos a Dios y al pueblo. Así lo hizo, con solemnidad insuperable, la víspera de ser asesinado: “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡cese la represión!” (23 de marzo de 1980). Puso juntos a la Iglesia y al pueblo. “Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás” (marzo de 1980). Y puso juntos a mártires y al pueblo: “Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño” (marzo de 1980).

Y monseñor puso en relación dinámica al pueblo *histórico* y al pueblo *de Dios*. Según Ellacuría, estas fueron las características del verdadero *pueblo de Dios* según monseñor Romero. (1) La *opción preferencial* por los pobres. (2) La *encarnación histórica* en las luchas del pueblo por la justicia y la liberación.

(3) La introducción de la *levadura cristiana* en las *luchas por la justicia*. (4) La *persecución* por causa del *Reino de Dios* en la lucha por la justicia. La realidad evangélica y la realidad histórica del pueblo quedaban entrelazadas.

Monseñor canonizó a la Iglesia popular con estas palabras: “Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz” (29 de julio de 1979).

(e) *Colegialidad episcopal de obispos amigos*. Ya hemos aludido a los problemas con sus hermanos obispos en el país y en las curias vaticanas. Pero mayor fue el impulso a vivir —en lo posible— su realidad jerárquica juntamente con otros obispos, en fraternidad, libertad y gozo, en contra del distanciamiento entre ellos y del miedo a Roma. Se notaba el sabor del “pacto de las catacumbas”, ir todos juntos de la mano de los pobres. Y en eso se expresaba la colegialidad primera, la de la amistad entre ellos, lo que es importante recordarlo.

Así ocurrió, sin estar él, en Riobamba en 1976, y así ocurrió, estando él presente, en la calle Washington, en Puebla, en 1979. Monseñor lo vivió con gozo, como lo dejó escrito en su diario y lo dijo públicamente en sus homilías. Sintió amistad y solidaridad con sus hermanos, “padres de la Iglesia latinoamericana”, el cardenal Pironio, el cardenal Lorscheider, don Sergio Méndez Arceo, don Hélder Câmara, monseñor Proaño, el cardenal Arns...

Para la nueva Iglesia es decisivo mantener vivos a estos padres de nuestra Iglesia, entre ellos muy principalmente a los mártires. Junto con monseñor Romero, a Angelelli, Ponce de León y Joaquín Ramos —asesinado en San Salvador en 1993—. Don Hélder Câmara y Pedro Casaldáliga no llegaron a morir asesinados por error de los asesinos. Y es decisivo mantener vivo el agradecimiento a Pablo VI en Mosquera y Medellín.

Añadimos ahora, sin caer en fantasías, cómo pensamos que manejaría monseñor Romero tres elementos de eclesialidad hoy importantes.

(f) *La Iglesia y la mujer*. El problema de la mujer en la Iglesia se ha hecho inocultable, y no se ve voluntad eficaz de resolverlo en las curias vaticanas. En sus homilías monseñor Romero alabó con frecuencia a la mujer. Sin la mujer se hunde la Iglesia, y muchas veces el país entero. Ofrecen una entrega, finura y humildad de las que hay serio déficit en la institución. Hoy pienso que tomaría en serio la discriminación de la mujer en la Iglesia. En otro contexto, denunció la discriminación de la mujer. En la homilía del 8 de julio de 1979 dijo: “A partir del 15 de julio los varones mayores de 16 años ganarán 5.20 colones en vez de 4.25; las mujeres de 16 años a arriba, 4.60 en lugar de 3.75. El aumento está justo, está bueno, pero no sé por qué continúa en un país civilizado la discriminación de la mujer. ¿Por qué no va a tener igual sueldo si trabaja igual?”.

Hoy pienso que se preguntaría algo parecido en el contexto de la Iglesia. La Iglesia posible que deseamos debe permitir y fomentar que las mujeres hablen en la Iglesia, aunque duela lo que dicen, precisamente porque es verdad. Y no se las debiera irrespetar, buscando apoyo en exégesis simplistas, que con frecuencia los expertos han interpretado como incorrectas, para seguir haciendo del *poder* sagrado monopolio de varones ordenados para un ministerio. Tras siglos de sometimiento al poder, quizás la mujer puede ayudar a que el poder y la autoridad dejen de ser tan impositivos y sean más servicio oblativo.

(g) *Una Iglesia sin arrogancia y que pide perdón.* El problema es muy actual tras el escándalo de la pedofilia entre sacerdotes y varias de las reacciones eclesiales.

Decir que la Iglesia es pecadora, casta y prostituta, suele ocurrir. A veces con honradez y propósito de enmienda; otras, con rutina y retraso. A veces con sinceridad; otras, sin decisión de tomar medidas contra pecadores notorios —y sobre todo estructuras—, lo que acaba en encubrimiento. A veces, con humildad; otras, con la arrogancia de quejarse por ser acusada exageradamente o de que pide perdón mejor que otros. Está ocurriendo. No así con monseñor Romero.

Las situaciones fueron distintas, pero mucho ayudará recordar el modo de proceder de monseñor ante el pecado de la Iglesia. Lo denunciaba con honradez y humildad, sin resabios de arrogancia ni autodefensa. No pensaba en cómo hablar para que la Iglesia no quedase dañada, sino en cómo actuar para evitar esos pecados. Recordamos algunas denuncias en sus homilías.

Contra una religión sin justicia. “Tradiciones humanas son ciertos cultos, ciertas maneras de vestir, cierta formas de rezar. Busquemos lo que más agrada a Dios, lo que más dice de una religión en medio del pueblo. ‘Visitar a las viudas y a los huérfanos y conservarse limpio en el mundo’. Esta es la religión verdadera” (2 de septiembre de 1979).

Contra una Iglesia al servicio de la opresión. La Iglesia se orientó hacia “unos intereses económicos a los cuales lamentablemente sirvió, pero que fue pecado de la Iglesia engañando y no diciendo la verdad cuando había que decirla” (31 de diciembre de 1978). “Es un escándalo en nuestro ambiente que haya personas o instituciones en la Iglesia que se despreocupen del pobre y vivan a gusto” (1 de julio de 1979).

Contra el culto comercializado. “La misa que se somete a la idolatría del dinero y el poder” (2 de junio de 1979). “¡Qué vergüenza cuando se convierte el servicio religioso en una manera de ganar dinero! No hay escándalo más horroroso” (11 de noviembre de 1979). “Parece mentira que se multipliquen las misas solo para ganar dinero. Se parece al gesto de Judas vendiendo al Señor. Y bien merecía que el Señor tomara nuevamente el látigo” (24 de julio de 1979).

Han cambiado las circunstancias, pero la honradez y la humildad siguen siendo necesarias para construir una Iglesia humilde y sin arrogancia, y para pedir perdón por sus pecados. Hoy es importante para aceptar con humildad las reacciones en contra, aunque en parte fuesen exageradas.

(h) *La denuncia profética como cuerpo eclesial.* No hemos insistido en la denuncia profética de monseñor por ser evidente. La recordamos ahora pensando en la Iglesia de hoy.

En el país continúa clamorosamente la aberración, y la Iglesia debe denunciarla, en principio con el vigor de monseñor. Cada día ocurren de 10 a 13 homicidios; de 3,500 a 4,000 al año. A veces, los cadáveres aparecen con muestras de tortura, decapitados. Las causas son el crimen organizado, el narcotráfico, no pagar extorsiones, venganzas entre pandillas, ajustes de cuentas, asesinatos pasionales... Sea cual fuere la magnitud exacta de estos datos, la conclusión es clara: en El Salvador, como en Guatemala y Honduras, vivimos en una situación aberrante. Se viola lo más fundamental: la vida de los seres humanos. Y el ambiente social, moral y ético no pone freno a la barbarie. La pregunta es qué hacer como Iglesia en esta situación. Monseñor Romero no ofrece respuestas concretas, pero ofrece su modo de proceder en circunstancias igualmente aberrantes.

Hoy la Iglesia, ojalá como Iglesia toda en el país, su Conferencia Episcopal, al menos algún o algunos obispos, y ojalá conjuntamente con todas las demás iglesias, debe trabajar con sacerdotes y religiosas cercanos a los hechos aberrantes, con expertos en las ciencias que tratan de criminalidad y sus víctimas, con políticos y universitarios que puedan iluminar la situación. Debiera publicar cartas pastorales, como en tiempos de monseñor, analizando cristianamente la violencia de hoy y la búsqueda de soluciones. En las homilias dominicales, al menos en las catedrales y en templos donde se reúne gran número de fieles, debiera mencionarse semanalmente a las víctimas y los victimarios —aun sabiendo que existe miedo a denunciarlos—. Y debieran proponerse modos de reparación, ayuda moral y material a los familiares. En universidades y colegios asociados a la Iglesia, la violencia actual debiera ser tema de docencia e investigación cuyos resultados se den a conocer. Y debe ser tarea de todo el cuerpo eclesial.

2.3.2. Elementos de teo-logía

Lo que hemos dicho son elementos importantes de la nueva Iglesia que deseamos. Pero, como en el caso de monseñor, la conversión debe llegar a los niveles más hondos. Veámoslo muy brevemente.

(a) *El misterio de Dios.* Pienso que la “conversión” de monseñor se dio en su máxima profundidad al nivel teológico, aunque eso fue menos visible, pues ocurre en lo escondido. Y sólo Dios ve en lo escondido.

Monseñor convocó a una misa única para el funeral de Rutilio el 20 de marzo de 1977. Al principio tuvo escrúpulos para autorizarla, pues “la misa”, dijo, “da gloria a Dios”. Le sosegó la frase de san Ireneo que el P. César Jerez mencionó en la reunión del clero: “*Gloria Dei vivens homo*” (“La gloria de Dios es que el hombre viva”). Tres años más tarde, en la Universidad de Lovaina, monseñor reformuló la sentencia de Ireneo: “*Gloria Dei vivens pauper*” (“La gloria de Dios es que el pobre viva”). Este dinamismo teológico le llevó a poner juntos, y siempre, a Dios y al pobre.

Y para tranquilizar a posibles críticos, recordemos que monseñor no ignoró la segunda parte de la frase de Ireneo: “*Gloria autem hominis, visio Dei*” (“Y la gloria del hombre es la visión de Dios”). Monseñor lo formuló en sus propias palabras: “Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios... ¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!” (10 de febrero de 1980).

El monseñor Romero “convertido” puede ayudar a hacer posible la fe en la transcendencia de Dios, como acabamos de ver. Y también la fe en la novedad de Dios. Como dijo Puebla: “Independientemente de su situación personal y moral, por ser pobres Dios los defiende y los ama”. Una Iglesia así es una Iglesia del Dios de los pequeños. Como decía Bartolomé de las Casas: “Dios, del más chiquito guarda memoria”. Y del Dios que eleva a los pobres a su nivel. Como hoy dice Pedro Casaldáliga: “Todo es relativo menos Dios y el hambre”.

(b) *El Dios mayor que la Iglesia*. Es importante recordarlo. Monseñor creyó que la Iglesia es sacramento de Cristo, presencia de Dios, y dedicó su vida a que así fuese. Pero cambió en cosas importantes.

Con la decisión de la misa única, para monseñor comenzó otro calvario que le acompañó hasta el final, como aparece claramente en su diario. El secretario del nuncio le reprendió abiertamente por haber autorizado la misa única. Fue el comienzo de serios problemas con las curias vaticanas y con sus hermanos obispos de la Conferencia Episcopal. De la visita a Pablo VI salió muy reconfortado. De la primera visita a Juan Pablo II salió decepcionado y entristecido. Después, en 1983, muerto monseñor Romero, Juan Pablo II, sin haberlo notificado al Gobierno, visitó por sorpresa su tumba en catedral y le alabó como “celoso pastor”.

La incompreensión y persecución sufrida dentro de la institución, precisamente cuando monseñor era más claramente fiel seguidor de Jesús, fue la ocasión para llegar a creer, existencialmente, *en un Dios mayor que la Iglesia*. En esto, en dejar a Dios ser Dios, y no supeditarlo a ninguna instancia creada, secular o eclesial, culminó, pienso yo, el cambio, la “conversión” de monseñor Romero.

2.3.3. Elementos de *cristo-logía*

(a) *El pueblo crucificado*. Monseñor también puso juntos a Cristo y a los oprimidos —lo que fue un cambio notable—. “Ustedes son el divino Traspasado, Cristo crucificado”, les dijo a los campesinos aterrorizados, el 19 de junio de 1977. En otra homilía los comparó con el siervo sufriente de Yahvé. Y que yo sepa sólo monseñor Romero e Ignacio Ellacuría habían usado tan radicalmente las expresiones “pueblo crucificado” y “siervo sufriente de Yahvé” para referirse a los pobres y víctimas, sin que pueda decir quién copió de quién o si tuvieron la misma intuición independientemente uno del otro.

(b) *El seguimiento de Jesús de una Iglesia mártir por ser consecuentemente misericordiosa*. Lo que más ha caracterizado a la Iglesia salvadoreña es el martirio: además de los jesuitas de la UCA, nueve sacerdotes diocesanos salvadoreños, un franciscano italiano y otro obispo salvadoreño, monseñor Joaquín Ramos; y con ellos una nube de testigos, innumerables laicos y laicas, cristianos y cristianas admirables.

El martirio es el “mayor amor” y no se puede ir más allá, pero se puede precisar. En América Latina, los mártires no han dado la vida por cualquier amor sino por defender a víctimas, mayorías pobres, inocentes, indefensas. Mártires son los consecuentemente misericordiosos. Son los verdaderos padres y madres de la Iglesia latinoamericana. Impiden que el deterioro en la Iglesia sea mayor, y de ellos y ellas sigue viviendo lo mejor de nuestra Iglesia.

Cambian los tiempos, pero sigue siendo necesaria la decisión de arriesgar y no rehuir conflictos por defender a miles y millones de víctimas. En ese hondo sentido la Iglesia debe seguir siendo “martirial”. Esa Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia sufriente.

3. Una palabra final

Hemos hablado de conversión de la Iglesia, y en definitiva eso significa conversión a Jesús. La Iglesia debe intentar seguir a Jesús de Nazaret de la mejor manera posible. En cualquier caso, y con las limitaciones de los humanos, debe hacer presente a Jesús, sin esconderlo sutil o burdamente. Ojalá quede fascinada por las bienaventuranzas de Jesús, como quedó Gandhi, aunque añadía que no vio tal fascinación en los cristianos. Aunque recordarlo suene trágico, esa Iglesia nunca debe decir al Jesús que irrumpió entre nosotros lo que le dijo el gran inquisidor de Dostoyevsky: “Señor, vete y no vuelvas más”. Esa Iglesia debe escuchar a muchos, dentro y fuera de ella, que nos piden lo que pidió Roger Garaudy en su época marxista: “Ustedes, gente de Iglesia, devuélvannos a Jesús”.

Xavier Alegre nos ha dicho en su conferencia que el monseñor “convertido” fue “afín a Jesús de Nazaret”. Devolver a Jesús y hacerlo presente se nos ha hecho un poco más fácil con monseñor Romero. Vivió, habló, trabajó y luchó como Jesús de Nazaret. Como Jesús, terminó mártir. Y como Jesús, monseñor Romero vive.